



Hablemos de Adam Zagajewski

El gusto por el equívoco y los libros de autoayuda han impulsado de manera indeleble la acuñación del lema “el tamaño no importa”. Pero su validez debe ser confrontada en todas direcciones antes de inscribirla en según que planos. En todo caso, queda averiguado que *small is beautiful*. Y en el ámbito de la industria editorial hemos de reconocer deudas impagables con algunas casas de edición como Acatilado que, de la mano de su inventor, Jaume Vallcorba, nos ha alumbrado con la aparición en lengua castellana de lo mejor de la literatura centroeuropea.

Así ha sido desde luego con autores como el polaco Adam Zagajewski, cuya poesía y obras narrativas y de ensayo ofrecen esclarecedoras incursiones autobiográficas, desde las cuales se asoma a la historia, en particular la que cubre desde los años del régimen comunista hasta el presente. Sus reflexiones filosóficas y sus planteamientos éticos son un ejercicio de extraordinaria lucidez y permiten una nueva comprensión de un tiempo, un lugar y unas gentes zarandeadas por el viento de circunstancias extremas, que se veían confrontadas a dilemas acuciantes sin posible invocación de prórroga alguna.

Si hubiera de elegir entre los últimos libros suyos que nos han llegado, me centraría en *Solidaridad y soledad*, donde escribe sus reparos a quienes estaban dispuestos a creer por un momento que, debajo de la costra del socialismo real, se escondía un socialismo distinto, el socialismo cálido, bueno y amigable de las novelas soviéticas para jóvenes. El totalitarismo, subraya nuestro autor, no es una metáfora ni una mariposa, ¡qué le vamos a hacer! Considera que el tema y la inspiración artística se encuentran sólo allí donde el hombre afronta con ener-

gía el destino y puede cosechar culpas o ganar méritos: en el escenario de su propia tragedia.

Todavía en la noche de la dictadura, Zagajewski se preguntaba qué pasaría si un buen día Polonia recuperara la libertad política, si se mantendría la magnífica tensión espiritual que caracterizaba a una elite bastante numerosa y del todo democrática, si se vaciarían las iglesias, si se convertiría la poesía –como ocurría en los países felices– en alimento de cuatro sibaritas hastiados, y el cine, en una rama comercial del ocio. E indagaba si el día en que desapareciera el peligro dejaría de existir también todo lo que habían logrado proteger del diluvio, de la destrucción, todo lo que habían creado como respuesta al desafío mortal del totalitarismo.

La poesía que más llega es la que ha recogido en el volumen *La mano invisible*, donde reconoce que escribir poemas es un duelo/ en el que no hay vencedor –por una parte/ se eleva la sombra, sólida como una cordillera/ vista por una mariposa, por otra/ centellean sólo breves momentos de claridad,/ de imágenes y pensamientos, como el destello de una cerilla/ esa noche, cuando en el dolor nace el invierno–.

Como ha escrito Ramón González Férriz, director del periódico semanal *Ahora*, la literatura de Zagajewski es un mapa de Polonia pero también de Francia y Estados Unidos. Estamos ante un cosmopolita obligado. Su obra se inscribe en el escepticismo pero abomina de la deserción. Desconfía de los discursos centrales y los fulmina con ironía. Sus dudas no desalientan la pasión crítica ni el rigor del lenguaje. Coincido con González Férriz en que pocos escritores han reflejado mejor la experiencia del paso del siglo XX al XXI en Europa y la forma en que ha marcado a los individuos. Pasen y lean. ●